

LINA MERUANE

paz, o un enorme cansancio

No sorprende que Susan Sontag eligiera referirse, en su discurso de recepción del Premio Jerusalén, a la “conciencia de las palabras”. Las palabras, sugiere, no son mero material de trabajo: no son ladrillos neutros, cemento transparente, herramientas sin resonancias. Son sobre todo portadoras de múltiples significados que sirven para construir realidades. En ese discurso se pregunta Sontag a sí misma, y le pregunta a todo un auditorio de israelíes, qué significado se le atribuye a la palabra *paz*. O *shalom*, que es también saludo y despedida, que en inglés es *peace*. Que en castellano tiene apenas tres letras, pienso yo, como en hebreo, una lengua que se escribe sin vocales. *Shin. Lamed. Mem*. De derecha a izquierda. Vuelvo a Sontag que se pregunta o le pregunta y en su escritura nos sigue interrogando, a nosotros, a mí, por esa palabra que tantos intelectuales israelíes han debatido a lo largo de décadas. ¿Qué se quiere decir con *paz*? “¿Queremos decir *ausencia de conflicto*? ¿Queremos decir *olvido*? ¿Queremos decir *perdón*? ¿O queremos decir un *enorme cansancio*, un *agotamiento*, un *vaciamiento del rencor*? Me parece”, continúa Sontag con severidad, “que lo que la mayor parte de la gente quiere decir cuando dice *paz* es *victoria*. La *victoria* de su lado. Eso es lo que significa para unos, mientras que la *paz* para los otros significa *derrota*”. Y luego continúa diciendo —imagino a una Sontag impasible, una Sontag que levanta su rostro ya arrugado, sus pesados párpados, sus ojos negros, y mira al público entre las mechas de su pelo entrecano y a pedazos enteramente blanco, una pensadora evaluando la reacción de ellos mientras pronuncia estas preguntas acusatorias—, que aunque la *paz* es, en principio, deseable, si implica la renuncia a demandas legítimas, si es una paz a costa de la justicia, entonces lo

más plausible es que ocurra la *confrontación bélica*. Y se atreve a decir, también, ante su auditorio israelí, que nunca habrá *paz* de la verdadera, de la que no supone vencedores y vencidos, de la que no exige sumisión, si no se detienen los asentamientos. Paso las páginas al final de su discurso y confirmo que la ceremonia estaba teniendo lugar en plena intifada,¹ un segundo levantamiento que todavía estaría en curso a la muerte de Sontag. Y como si le estuviera dando apoyo, a través del tiempo y de los mares, como si se tratara de una conversación entre dos enormes fantasmas, un militar prusiano de hace siglos le da la razón a esta pensadora de lo contemporáneo. “Victoria”, dice Carl von Clausewitz, “es la creación de una realidad política mejor”. Eso sería una *victoria*. No la conquista, no ganar todas las batallas pero nunca la guerra, recuerdo que decía uno de los directores de la Shin Bet: cuatro bombardeos a Gaza en doce años no han posibilitado una mejor realidad política para nadie.² Una realidad de *paz* que no implique *derrota*, en la que no se avizoren turbulencias futuras. Porque ni la *paz* ni la *victoria* pueden lograrse por medios militares. Una paz victoriosa sólo puede construirse desde la libertad y la confianza mutua. ¶

- 1 La segunda intifada (28 de septiembre de 2000-8 de febrero de 2005) fue un levantamiento palestino contra la ocupación israelí que, entre otras cosas, desencadenó la visita del político judío Ariel Sharon a la explanada de las mezquitas en Jerusalén. Como consecuencia, se intensificaron las tensiones y las reacciones violentas de ambas partes: hubo incursiones militares, bombardeos y atentados suicidas.
- 2 El Shin Bet es uno de los tres servicios de inteligencia israelí, siendo los otros dos el Mossad y el Aman. Entre sus funciones se encuentra proteger al país de amenazas internas de terrorismo y espionaje.

Fragmento de *Palestina en pedazos*, Penguin Random House, 2021.

